

# Tierra y Libertad

**ORGANO DE LA F. A. I.**

## NUESTRA RESPUESTA A LOS PROYECTOS DE ARMISTICIO

El proletariado español se ha levantado en armas por dos razones fundamentales: Para evitar la consumación de los propósitos militar-fascistas. Para hacer la revolución social.

Desde el 19 de julio se cumple día a día esta doble acción del pueblo ibérico. Imposible es desligar, por más que se diga y se intente, la guerra antifascista de la revolución proletaria.

Cada revolución histórica se incube con características propias. La nuestra es el producto de largos años de dolor y miseria, de esfuerzos, sacrificios y luchas, bajo el régimen capitalista. Es la resultante obligada del fracaso de la burguesía española en el manejo de su mecanismo de explotación y latrocinio. Es el punto alcanzado por la propaganda y la acción revolucionarias de la tendencia que nunca arrió su bandera, que siempre incitó a la lucha y estuvo en la vanguardia dando el ejemplo: el anarquismo.

Toda revolución estalla en el momento en que el pueblo se rebelo contra las condiciones del ambiente, aprovecha un estado de conmoción o lo origina por su acción insurreccional. Nuestra revolución actual estalla, mantiene y aumenta su dinamismo reconstructivo cuando queda al descubierto la debilidad de las fuerzas gubernamentales del liberalismo burgués para impedir la revuelta y frenar después la avalancha del militarismo fascista. Cuando el pueblo abona con su sangre en toda España la resistencia. Cuando las armas están en sus manos. Cuando sabe que con estas armas y el trabajo todo lo puede.

Al fin, el proceso de la democracia burguesa aparece a los ojos del proletariado con la claridad que antes, durante los cuatro años de República, sólo pudieron ver aquellos que por su posición doctrinaria y su firmeza revolucionaria no podían caer envueltos por el mito de la liberación lograda con el cambio de gobernantes. Repetidas experiencias insurreccionales de la F. A. I. y la C. N. T., y el proletariado unido en Asturias para la revolución, mostraron el camino. Y al oponerse al golpe fascista, el pueblo comprendió que el fenómeno no iba a desaparecer con la victoria momentánea sobre los generales asesinos.

Sólo una revolución profunda, que transformara la economía burguesa, que liquidara las instituciones opresivas, que rectificase según los altos principios del socialismo y de la libertad, podría obrar a modo de bisturí sobre el odiado tumor fascista. Si el fascismo es un producto del capitalismo, si es su recurso extremo para subsistir, sólo la revolución social iba a eliminarlo definitivamente.

De esta interpretación revolucionaria, de este deseo ardiente de vivir en libertad, de esta aspiración superior a organizar un nuevo mundo, han brotado los admirables hechos de nuestra guerra, la indescriptible bravura de nuestros hombres y mujeres, el fervor de nuestro pueblo en su defensa y en su ataque contra la frente fascista internacional.

En los horrores de esta guerra antifascista se forja la nueva organización económica y social. El ímpetu de las milicias y el creciente debilitamiento de las bandas enemigas, las epopeyas de Cataluña, Madrid, Asturias y Aragón, la grandeza de nuestras avanzadas de guerra y de nuestra retaguardia, nacen de la misma fructífera fe en la Revolución. De la conciencia sobre la responsabilidad que ante el proletariado del mundo tenemos. Del amor a esta Revolución proletaria, que ha de libertarnos y libertará al mundo de todas sus cadenas.

Del 19 de julio acá, la guerra misma ha señalado rotundamente que las grandes fuerzas auténticamente populares y proletarias estaban llamadas a intervenir antes que nadie en los acontecimientos. Los cambios gubernamentales que culminan con la participación de la C. N. T. son la prueba más categórica del carácter de nuestra guerra. Antifascismo es hoy la guerra. Antifascismo es hoy Revolución. Absurdo es suponer posible el milagro de una vuelta al sistema burgués. Rídiculo es invitar a nuestro pueblo a deponer sus propósitos, hacerle retroceder en su marcha hacia el orden social que anhela implantar. No podemos volver al pasado de miserias y de vergüenzas. No podemos dejar la herramienta con que conseguimos un régimen igualitario y libre.

Se cumplen hoy, justamente, cinco meses de guerra. No hay pluma que pueda describir lo que nuestro pueblo ha sufrido, lo que ha hecho, su pujanza y su coraje, para lograr la victoria que se perfila.

Y mientras nosotros nos batíamos supliendo la falta de armas y municiones con el valor y con la audacia; mientras las máquinas de los asesinos de Roma y de Berlín servían brutalmente los siniestros objetivos de su lacayo Franco; mientras Hitler y Mussolini y Oliveira Salazar formaban con sus fuerzas al lado de la monarquía, el falangismo, la clerigalla y todos los podridos residuos de la aristocracia burguesa, ¿quién nos prestó su apoyo? ¿qué gobierno democrático salió al encuentro de las combinaciones fascistas?

¿a qué se reducía la estúpida farsa del "Comité de no intervención"? ¿Acaso la socialdemocracia francesa, la orgullosa Gran Bretaña, la archifracasada Sociedad de las Naciones, movieron un dedo para impedir las matanzas y salvajadas fascistas, para apoyar al gobierno legal, para poner dique al torrente de tanques, aviones, submarinos, armas y municiones, jefes y soldados, llegados de Roma, Berlín o Lisboa?

Clamamos por justicia. Dijimos que era un crimen sin nombre lo que se hacía. Pero no lagrimamos jamás la limosna de los que comandan los estados sedicentes democráticos. Sabíamos que la burguesía tenía más nuestra revolución que una guerra mundial. Aunque ésta asumiera las proyecciones que los gases y venenos químicos, las pestes bacilosas, los artefactos modernos de tierra, mar y aire perfeccionados, hacen vislumbrar. Sabíamos que una revolución social, para los años de la industria, la banca, el imperialismo internacional, para los gobernantes que les cuidan sus botines, cubiertos o no con banderines liberales y democráticos, era el peligro más terrible. Porque los proletarios del mundo están pendientes de nuestro triunfo, y sus armas harán lo que las nuestras para llegar donde nosotros llegaremos: a la emancipación integral.

Ahora, cuando los desastres y la derrota del fascismo se hacen más y más visibles; cuando tenemos los medios que antes no teníamos para seguir la lucha hasta el final; cuando a las puertas de Madrid, del Madrid mordido por las bombas alemanas, se escriben gloriosas páginas con sangre nuestra, con sangre proletaria de todos los países del mundo, nos proponen los tranquilos señores desde sus congresos de "paz" o desde butacas ministeriales de París, Buenos Aires o Londres, nada menos que un descabellado armisticio...

Así han sido y así serán los políticos de la diplomacia burguesa. Así serán de farsantes y de cínicos. Detrás de sus declamaciones contra los horrores de la guerra, por los que no se han conmovido hasta ahora, que han permitido con su silencio y su pasividad, está el pánico inconmensurable del capitalismo internacional

a nuestra Revolución proletaria. Los que dejaron hacer a las hordas en Badajoz, Irún, Sevilla o Vigo; los que dejaron destrozarse a nuestros niños madrileños, nos proponen "plebiscitos" cuando ven que Franco nada puede contra Madrid.

Pero nosotros, que hemos dicho a los trabajadores del mundo: ayudadnos; que hemos recibido y seguimos recibiendo mensajes solidarios, ayuda y hombres de países dominados por todos los tipos de gobierno; que sabemos cómo burlan las persecuciones más feroces y sufren los castigos más horribles nuestros hermanos de las naciones fascistas de los cinco continentes; nosotros tenemos lo que no tienen ni tendrán quienes abren la trampa de un armisticio imposible con los asesinos fascistas y que quizás les permitiría reponeerse y combinar nuevos planes criminales: tenemos el apoyo de todos los explotados, de todos los oprimidos, de todos los hombres y las mujeres conscientes del universo. Tenemos un mundo de patrias que confía en nuestro triunfo.

Respondemos a la farsa con un NO categórico. Decimos a la burguesía, a los burgueses que se intitulan socialistas, a quienes quieran echar tierra sobre los cinco meses de Revolución, que tenemos las armas y los medios para proseguir en el combate. Que lo seguiremos dando, en el doble campo de la guerra y de la Revolución.

Nuestras condiciones no serán aceptadas por la burguesía mundial. Nuestras armas no descansarán hasta que España esté libre de sus pestes y de sus lacras. Hasta que esté organizado y consolidado un régimen que resuelva satisfactoriamente los problemas del pueblo. Hasta que nuestra economía esté totalmente socializada y gocemos de efectiva libertad.

Como anarquistas, viviendo todos los latidos de las masas revolucionarias, interpretando sus anhelos, impulsándolas siempre hacia adelante, los hombres de la Federación Anarquista Ibérica prometemos al proletariado internacional: ¡LIBERTAD O MUERTE! ¡FASCISMO O REVOLUCIÓN SOCIAL!



Esta es la respuesta que al proyecto de armisticio dan los luchadores del frente: decidirán los fusiles